



MISCELÁNEA POLIANA

Revista de prepublicaciones del
Instituto de Estudios Filosóficos
LEONARDO POLO

SERIE DE FILOSOFÍA, n° 26 (2009)

ISSN: 1699-2849

Bogotá, marzo de 2008.

**CARTA A MIS ALUMNOS DE ANTROPOLOGÍA:
DOS PREGUNTAS SOBRE LA FILOSOFÍA DE LEONARDO POLO.**

Mario Acosta Gómez
Universidad Sergio Arboleda, Bogotá, Colombia.

¿Qué es lo primero que dice POLO?

Polo dice que en el proseguimiento de la filosofía, vista como estudio de la *real principal* que permite preguntas últimas sobre la realidad, es necesario ampliar los métodos. Para lograr esto, se requiere ir más allá del *método objetivo*, por el cual solo obtenemos *objetos pensados*. Dicho de otra manera, en teoría clásica del conocimiento es admitida una intervención del intelecto agente, después de que la sensibilidad ha presentado a nuestra instancia mental una *especie* o forma, decantada mediante el *trabajo* de los sentidos externos e internos. Se tiene entonces el fruto de la operación abstractiva, cuyo éxito es lo que llamamos *objeto pensado*, que está siendo presentado por el acto de abstraer. Es la *presencia mental*. Así logramos que se haya inmaterializado intramentalmente aquello que extramentalmente es material. En esta operación no hay más tema que pensamiento ni más pensamiento que tema. Hay *conmesuración*. Pero por decirlo de algún modo estamos ante un conocimiento detenido o “fijo”: la presencia que presenta un abstracto. Puesto que en verdad “lo tenemos”, decimos que está “presente”, y en esto, sumariamente, consiste la operación incoativa de nuestro pensar: *la abstracción*. Si es operación incoativa por lo mismo es insuficiente ^[1].

Según Polo, *rebasando* esta “presencia mental” se accede a un pensamiento superior, el propio de los hábitos o “*habitual*”; y con ello aparecen nuevos métodos para el filosofar: “Abandonar el límite del pensamiento significa intentar averiguar el valor metódico del mismo límite y, con ello, detectarlo” (Polo, *El Acceso al ser*, Pamplona, 1964, p. 14). Se entiende, pues, que “detectar”

apunta aquí a *descubrir el valor* del método objetivo, y considerarlo inferior a otros métodos en tanto que “reduce” la *consideración del ser* a algo meramente predicamental. La “*praecisio objetiva*” tiene ese riesgo, que solo se salva con lo que llamamos su intencionalidad propia, esto es, su referencia como “universal” (*unum versus alia*) a individuos extramentales reales concretos. El orden ideal o lógico, por su *restricción*, hace que nuestro conocer se base exclusivamente en el conocimiento intencional u objetivante, que es aspectual, y así la verdad corre el riesgo de no ser única, al menos en lo que atañe al movimiento físico. Podríamos entrar con ello en perplejidad.

Repito que no se trata solo de problemas lógicos como cuando al utilizar términos pretendemos quizá una significación única y olvidamos que se suponen varias. Se trataría más bien de dar explicaciones filosóficas a la pluralización de teorías que la ciencia moderna exhibe sobre la física, lo cual se podría lograr mediante el estudio profundo que plantea un acceso no predicamental sino real a los principios llamados *causas*. Pero ni siquiera se trata solo de eso. Los métodos que se abren en el proseguimiento del filosofar que propone Polo dan acceso a un estudio que distingue la *Antropología trascendental* de la *Metafísica*, pues el ser de la persona humana es distinto, por superior, al ser cósmico o ser extramental, tomado como fundamento.

Polo afirma también que el realismo tradicional no se impuso la tarea de apurar la diferencia entre *método* y *tema*. En cambio, el idealismo considera imprescindible, para estudiar la validez del conocimiento, diferenciar entre método y lo que se alcanza con determinado método. Sin embargo, es frecuente que las escuelas idealistas privilegien el método sacrificando el tema. Polo sostiene que la presencia mental es un *límite* y que “abandonar el límite del pensamiento, después de llevar el pensamiento hasta él, quiere decir reducir la aludida diferencia (entre método y tema) en un sentido realista, no idealista. Reducir la diferencia entre el método y el ser en un sentido no idealista, es, en el fondo, expresar la convicción de que el ser, y justamente en cuanto principio, *persiste* o, dicho de modo indicativo, es finalidad pura” (*Ibidem*, pp. 14-15).

Para Polo, el “tener cognoscitivo según objeto pensado” es el límite mental. Se trata de un asunto humano y, por ello, es conveniente estudiarlo antropológicamente. Añade Polo que lo propio del *acto de ser* que cada hombre es como persona, se puede describir mediante un adverbio: *además*. Gramaticalmente, sabemos que el adverbio modifica la significación del verbo... Este adverbio es el sugerido por Polo para significar que el acto de ser personal es distinto de otros actos de ser: tiene una modalidad y una intensidad que lo caracterizan. El acto de ser personal humano es distinto, por ejemplo, del acto de ser cósmico. Ambos suponen estar *fuera de la nada*, pero el acto de ser personal

es “además”. Aplicado al ser del hombre “además” significa en Polo *acto de ser* que intrínsecamente es *creciente y redundante*.

¿Creciente en qué? Por lo pronto en *intimidad*. Pero también en inteligir, en amor donal, en co-existir, en libertad... ¿Redundante en qué? En la esencia humana. Para Polo el acto de ser personal redundante en la propia esencia humana. Planteando una pregunta concreta diríamos: ¿cómo redundante el acto de ser personal y cómo a la vez es creciente en cuanto al conocimiento? Respuesta: *Mediante los hábitos intelectuales adquiridos*. El hábito, para Polo, es un acto intelectual creciente y mejora la esencia del hombre. Pero, por contrapunto, la operación intelectual por la que “tenemos objeto” y que da inicio a nuestro pensar, “fija” nuestro pensamiento y por ello es su *límite inferior*. Es decir: es un acto, pero en sí no incrementable. ¿Cabe de algún modo vislumbrar por qué esta operación incoativa que nos lleva al abstracto es en sí misma un límite, y podría ser obstáculo para ese crecimiento y redundancia especial que, según Polo, caracterizan el acto de ser personal humano? Quizá baste con decir que la esencia del hombre no es exclusivamente intelectual, y que la instancia orgánica o corpórea de dicha esencia no es por completo “penetrada” por la inteligencia. Hay zonas opacas en mi esencia. No conozco enteramente, por ejemplo, mi corporeidad.

Tampoco me conozco enteramente en mi intimidad. En mi meditación personal he de preguntar a Dios “quién soy”, tema que tampoco se puede conocer mediante el conocer abstractivo^[2]. Aparece la patencia del límite en la *información* que el alma (forma informante) hace al cuerpo, y por ende el límite de un conocimiento del alma con respecto a la materia. ¿Qué querrán decir los antiguos cuando afirman que el alma humana espiritual no comunica con el cuerpo la “raíz” de su intelección y volición? No olvidar, y esto es bastante dilucidador, que forma es *simultaneidad* y materia es *no simultaneidad*.

Hay un tope, pues, en la *presencia mental*. Aceptando que “tener objeto” es un límite, que el método objetivo da origen a este límite, y que la operación abstractiva es apenas incoativa de nuestro pensar, Polo propone abandonar el límite mental y ahondar en consideraciones sapienciales^[3], pertenecientes a distintos hábitos, tanto adquiridos como innatos. El hábito de sabiduría y otros hábitos innatos, permiten un avance en conocimiento, algo tan olvidado por la “filosofía centrada en el objeto”. Desde luego, también hay que decir que son muchas y distintas las operaciones mentales y cada una tiene su hábito adquirido correspondiente. Mediante cada hábito se conoce la operación respectiva^[4]. Además de *abstracción*, como operación, hay *hábito abstractivo*. Precisamente el hábito abstractivo permite conocer la operación mental de abstraer, que no se conoce por sí misma, y que consiste en *articular el tiempo*.

¿Por qué llega POLO a esta propuesta?

Personalmente pienso que motivado por la crítica que él mismo hace al nominalismo, al idealismo y al realismo. Al nominalismo, por lo depauperado que deja éste al inteligir. Al idealismo, por su intento de sustentar la verdad en ella misma. Y al realismo por no explicitar el método con el que se llega a la distinción real entre esencia y acto de ser. Polo declara que la presencia mental no puede ser el punto de partida de la metafísica. Con comienzos de esta naturaleza el idealismo se encuentra con un tope, cuando en temas metafísicos intenta remitirse a un principio anterior (fundamento) para encontrar *un real punto de partida* en el filosofar. Esto quiere decir que según el idealismo, el filósofo siempre está contemplando una *representación* del ser. Sin embargo, ¿quién de los humanos no distingue entre el fuego real, crepitante, chisporroteante (ese que está allá, fuera de nuestra mente, que hace cálida nuestra tertulia ante la chimenea) y el fuego como “abstracto”, *que nos es representado intramentalmente*? Un conocimiento “objetivo” de los entes podría ser tomado como virtualidad de ellos, como seres contemplados en una situación vicaria, de intencionalidad. Es obvio que el fuego pensado no quema. De allí que podamos comprender la preocupación de Heidegger cuando acomete la *diferencia radical entre el ser y los entes* y hace crítica de la metafísica por *el olvido del ser*, en que, según él, está ella inmersa a lo largo de su historia.

Polo quiere proponer una vía para que reiterativamente no se caiga en <<representar>> al *ente* y se pueda llegar con ella en directo al *ser real* ^[5]. Ve sumido a Heidegger en la *perplejidad*, entendiendo por tal un escepticismo y un relativismo que resulta cuando al recorrer la historia del ser y buscar la diferencia radical entre el ser y los entes, el filósofo alemán siempre se enfrenta con la presencia mental. Desde 1964, Polo en su obra *El Acceso al Ser*, indicó que el *sobrepasamiento* del olvido del ser exige encontrar el ser de los entes sin reducirlo a la presencia mental, y sugiere que cualquier filósofo estaría en camino de superar la perplejidad mencionada si al contemplar el hallazgo de Aristóteles con respecto al *intelecto agente* profundiza con suficiencia hasta considerarlo como convertible con el propio ser de la persona humana.

Se trata de un análisis real, no lógico, en el que se distingue lo activo del intelecto agente (ser como acto) de aquello otro que es la esencia humana, considerada como posibilidad o potencia real. Potencia es “poder limitado” o “capacidad de poder”, pero no es sino por el *acto*. Un discípulo de Polo, Juan Fernando Sellés, resume lo que aquí intento mostrar, con esta afirmación: El intelecto agente, acompañado de hábitos innatos, *activa* la inteligencia y voluntad, instancias pasivas de la esencia humana, mediante hábitos adquiridos, después de que se ejercen las primeras operaciones intelectuales (Cfr., “El intelecto agente y las instancias cognoscitivas humanas menores”, *Angelicum*, 82 [2005], pp. 611-617).

Acudiendo al pensamiento habitual, cuando se abandona el límite mental, se encuentran varias vías metódicas. Baste citar como otro ejemplo elemental de este cambio en el pensar el camino que lleva a conocer nociones físicas de manera estrictamente intelectual y no mediante soportes matemáticos, representacionales o imaginativos propios del conocimiento sensible. Estoy hablando de conocer las causas reales, las de la realidad física, mediante operaciones racionales. Se llaman así porque permiten advertir la realidad física. Aristóteles en los *Analíticos Posteriores* habla de esto. Pero es Polo, con el hallazgo de nuevos métodos cognoscitivos, quien al hacer un profundo estudio sobre las concausalidades, da despliegue a aportes aristotélicos, en los que destaca que el Estagirita descubre en el movimiento sucesivo un acto imperfecto – *entelécheia* – porque en él queda patente la distinción entre principiación y culminación. Tal distinción hace posible una coprincipiación en *tricausalidad* eficiente, formal y material que *cumple el orden* al “habérselas con la causa final”. Esto lleva a la distinción de tiempos que acompañan o siguen a los distintos tipos de movimientos físicos. Al acto imperfecto en que consiste el movimiento, que es extramental y temporal, se opone el acto perfecto, entendido como presencia mental o actualidad, por tanto, intramental, que admite jerarquizaciones: hay operaciones intelectuales como las objetivantes y hay actos intelectivos superiores como los hábitos. Y dentro de las operaciones inmanentes es más pensar que sentir: una cosa es sentir en acto, como algo inferior, y otra cosa es la operación mental objetivante, de nivel superior. En ambos casos se da extratemporalidad. En el primero, hay presencia en sentido general, esto es variación formal poseída por el fin, o dicho de otra manera esquema práxico de la valorativa que da lugar al instante en que se inicia una conducta. En lo segundo, hay actualidad constante. Es la *enéргеia*, sin distinción entre principiación y culminación, según simultaneidad, pues se posee el fin *ya*. El acto perfecto, si se toma como *principiación*, coincide con su culminar.

A manera de conclusión: Mediante dos respuestas personales he hecho muy someras sugerencias a mis alumnos para acceder al método de filosofar propuesto por un pensador contemporáneo muy agudo, cuyas obras están al alcance de cada uno de nosotros: Leonardo Polo. Según uno de sus discípulos colombianos, Jorge Mario Posada, su método consiste en “no atenerse a lo entendido en tanto que ya entendido, puesto que la intelección de lo ya entendido no puede incrementarse intrínsecamente. Lo entendido en tanto que ya entendido es el objeto pensado, el fin poseído por la intelección operativa [...]. Se dice que el objeto pensado está supuesto: porque no cabe intensificar la penetración intelectual en lo que se conoce intencionalmente en tanto que solo se conoce intencionalmente. El abandono del límite es el abandono de la suposición mediante el mantenimiento de los actos intelectivos superiores a la

posesión de objetos pensados” (J.M. Posada, *Física y Sabiduría*, Eunsa, Pamplona 1996, p. 460). Actos intelectivos superiores a la “posesión de objeto” son precisamente los hábitos intelectuales correspondientes a cada operación mental. Manteniéndolos, “la intelección vigila, atenta a lo real, sin detenerse en el objeto pensado, es decir, en lo ya dado en la versión intencional. Y por eso, se abre a la realidad sin el límite que esa versión comporta” (*Ibidem*).

Se puede pensar la realidad o se puede pensar el pensar. Lo primero se logra de muchas maneras, cada una de las cuales podemos llamarla también *método*. La que utilizamos inicialmente, y por eso es llamada operación incoativa del pensar, es la *abstracción*, que es una consideración precisiva del pensar. “Pensar el pensar”, en cambio, suele ser llamado *reflexión*. A la consideración precisiva del pensar, se le llama también *primera intención*. Pero la intencionalidad primera, que corresponde a la *objetivación*, no es una buena manera para reconocer la *persistencia* del ser, que es a lo que apunta Aristóteles cuando privilegia la causa final sobre las otras causas. Esta manera de privilegiar, sin embargo, sufre mengua cuando Aristóteles opone la causa final a la causa material. Esto se entiende si se ve la causa material como algo anticipatorio en el tiempo con respecto a la causa final. Entonces se corre el riesgo de coartar toda consideración del ser al orden temporal, y por ende al orden predicamental. En cambio, bajo la óptica de una plena consideración metafísica, la *persistencia del ser* no se restringe, esto es, no se reduce al orden predicamental. Esto se logra si abandonamos el límite mental o consideración objetiva del ser. Ser en plenitud o dejar ser al ser es mucho más que “ser restringido a la objetivación”. Existen actos intelectivos superiores a aquellos que nos permiten la “posesión de objeto” y esto quiere decir que por encima del pensar *objetivo* está el pensar *habitual* y los hábitos, ya innatos ya adquiridos.

Veamos ahora un texto de Polo, sobre los métodos cognoscitivos, tomado de: Nota sobre los métodos, presente en el Prologo que Leonardo Polo hizo al libro “*La res cogitans* en Espinosa” de Ignacio Falgueras Salinas, Eunsa, Pamplona 1976, pp. 16-18.

“Me he ocupado de los métodos en otros lugares. Aquí, después de enunciarlos, intentaré muy resumidamente describirlos y ordenarlos. La obertura del pensar es la abstracción. Abstraer significa: articular el tiempo, según el presentar. No cabe un acontecer progresivo si primero no se procede a esta articulación, la cual no es un progreso metódico, pero es imprescindible. El acontecer abstractivo no es el único pensar, no lo agota: *todavía* cabe pensar. El método imprescindible, la abstracción, no es suficiente. La insuficiencia es doble: respecto al pensar y respecto a lo pensado. El pensar procede metódicamente a colmar la insuficiencia.

La reflexión es el método según el cual acontece pensada la insuficiencia de la abstracción respecto al pensar mismo. Reflexionar significa: negar. Negar

significa: separar la generalidad. Acontece pensada la generalidad justamente separándola. Tal acontecer es una vía. Separada, la generalidad es respectiva a su determinación. La determinación de la generalidad no debe confundirse con lo abstracto: no es igual articular el tiempo que determinar la generalidad (si esto no se tiene en cuenta se incurre en incongruencia). Por eso, es oportuno llamar *segunda* a la determinación de la generalidad. Pero, además, la generalidad no es única. Siempre cabe negarla y, por tanto, pensar una generalidad <<mayor>>. Las determinaciones de las distintas generalidades tampoco deben confundirse. De acuerdo con esto, no cabe pensar la generalidad máxima, por eso, la vía metódica reflexiva se agota: pensar la diferencia entre abstraer y seguir pensando no es un pensar que culmine, o lo que es igual, tal diferencia no es pensable en modo absoluto (pues no es absoluta). El postrer acontecer reflexivo es preguntar.

La razón es el método según el cual acontece pensada la insuficiencia de la abstracción respecto de la realidad. Razonar significa: devolver. Devolver significa: explicitar. Acontece pensado lo explícito justamente a partir de lo implícito. Explicitar lo implícito acontece según fases. Las fases del método que llamo razón son: concebir, juzgar y fundar. Así pues, razonar también es una vía y también se agota: la insuficiencia de la abstracción respecto de la realidad no es pensable de modo absoluto (pues no es absoluta). El postrer acontecer racional es fundar. La congruencia metódica del fundamento se pierde en su confusión con el absoluto (o con la generalidad reflexiva), ya que el fundamento explícito ha de referirse a las fases que lo guardaban implícito. Tal referir significa: traer. Traer significa que el fundamento acompaña. Al fundamento pensado como traer que acompaña es oportuno llamarle base. En suma, la reflexión y la razón se agotan, pero no de la misma manera: la razón se agota en el fundar y la reflexión en el proceso *in infinitum*.

Ahora bien, si la insuficiencia no es declarable ni reflexiva ni racionalmente en absoluto (o sea, si las vías metódicas que la declaran se agotan) y, si, por otra parte, ambos agotamientos difieren, no sería correcto entender que el pensar acaba con la abstracción y el doble modo de pensar su insuficiencia: ninguno de estos métodos es conclusivo sin más (pensar no termina con ellos). La intelección es el método según el cual lo incondicionado es pensado. Este método no es una vía, pues es distinto de la reflexión y la razón (confundirlo con cualquiera de ellas es una incongruencia), y si en tanto que distinto fuera una vía, haría completamente provisionales a ambas: pensar lo incondicionado no puede ser pensar que reflexionar y razonar son provisionales (no lo son). Además la provisionalidad de las vías metódicas llevaría a entender la intelección como intuición (la llamada intuición intelectual); ello es una incongruencia. Un modo de corregirla es interpretar la intelección como hábito; otro, que no es incompatible con dicha interpretación, es intentar averiguar su

sentido metódico. Como método, la intelección es pensar lo incondicionado en su distinción misma. La distinción de lo incondicionado es el tema de los primeros principios. Los primeros principios son irreductibles entre sí, pues no pueden ser primeros si se confunden o amalgaman: en tanto que los primeros principios no se confunden, todos ellos vigen, ante todo, entre sí. Pensar los primeros principios entre sí es pensarlos en su enlace; tal enlace no se ha acabado de pensar.

Si la abstracción abre paso a la reflexión y la razón; y si inteligir no es pensarlas como provisionales, todos estos métodos son distintos y, así mismo, son unificables. La unificación es otro método, al que estimo oportuno llamar *logos*. Tal método se presta a incongruencias graves, a las que cabe llamar depresiones. Las depresiones del logos son frecuentes porque los métodos viales son válidos y, a la vez, se agotan. Por ser válidos, son ejercidos; por ser distintos, sobre todo en su agotamiento, su ejercicio puede no ser igualmente intenso. Por eso, el agotamiento de uno de ellos sugiere la preeminencia del otro, sugerencia engañosa en tanto que induce a intentar prolongar el uno según el otro. La unificación de las vías metódicas no debe ser precipitada. Mientras no se agotan, su unificación se hace gradual (o no total, pues la realidad no equivale nunca a la determinación del general: lo más que concede es su comprobación, pero la comprobación no es la determinación; confundirlas da lugar a la incongruencia característica del pensar mecanicista, a la que conviene llamar *sofisma básico*). En su agotamiento, la unificación de las dos vías metódicas no puede ser exclusiva; con otras palabras, no puede excluir al intelecto”.

^[1] “La insuficiencia de los actos cognoscitivos respecto de las capacidades respectivas [...] se puede decir de todas las facultades. Por ejemplo, siempre se puede ver más: ningún acto de ver agota la capacidad de ver, etc; pero sólo la inteligencia puede notarlo [...] No se puede notar la insuficiencia de los abstractos sin ejercer otras operaciones: la insuficiencia de los abstractos no puede ser un fondo de saco” (Polo, L., *El conocimiento del universo físico*, Eunsa, Pamplona 2008, p. 155-156)

^[2] “El espíritu que nosotros podemos conocer más directamente es el nuestro [...], pero no es susceptible de ser abstraído, porque de entrada no es sensible, y solo se abstrae a partir de lo sensible” (Polo, L., o.c., p. 71)

^[3] “El amor a la sabiduría (filosofía) es deseo de saber, esperanza de acto; y el acto pleno la *noesis noeseos* según Aristóteles: la actualidad no intermitente, siempre actual, eterna. Pero la libertad respecto del saber, el saber libre (liberado de sí –metalógico-), puede orientarse a una sabiduría mayor: la del Verbo divino, que es una - en identidad – saber y persona. En cambio, el saber del hombre – tomado en toda su amplitud- no es idéntico con la persona humana, sino que la tiene a ella por sujeto; por eso, estas altas formas metateóricas de saber se atribuyen al intelecto personal, un trascendental antropológico. En cambio, el sujeto de la actividad teórica, por ejercerse ésta mediante la pluralidad de operaciones y de los hábitos adquiridos con ellas, es la inteligencia, la potencia intelectual; que es uno de los dos miembros en que se desdobra el yo, el ápice de la esencia humana (ver-yo y querer-yo)” (Juan A. García González en el Prólogo a Polo, L., “El conocimiento del universo físico”, pp. 20-21).

^[4] “Está más cerca de saber lo que es un hábito el que a partir de la noción de intelecto agente entiende que tiene que ser también iluminante de la operación, y por otra parte que es imprescindible para que la operación sea intrínseca a la facultad. Es decir, para que haya hábito es imprescindible la iluminación de la operación, lo mismo que era imprescindible la iluminación del intelecto agente para que hubiese especie impresa. En suma, hay que decir que el hábito es un nuevo tipo de especie impresa; pero en este caso la especie impresa se logra a partir de la iluminación de la operación, no a partir de la iluminación del abstracto” (Polo, L., o.c. , p. 170).

^[5] “Los primeros principios son los actos de ser. El conocimiento del acto de ser es habitual. Y desde el conocimiento del acto de ser como primer principio o principio trascendental, desde ahí, se puede llegar a Dios como identidad” (Polo, L., o.c., p. 131).